

Cuatro instantáneas para un retrato de FERNELL FRANCO

1

Una tarde llegó en su Lada verde, tenía prisa. “Se nos hace tarde”, dijo. Me subí. Tomó la calle Octava, bajó hacia el barrio Alameda y luego cruzó hacia Bretaña. Eran las cinco. Paró el Jeep en una esquina y sacó la cámara. Yo lo seguí. Comenzó a caminar y a mirar las paredes de las casas. De cuando en cuando, se detenía y miraba al cielo. Luego de dar tres vueltas absurdas por el barrio se detuvo frente a una pared amarilla. Miraba la pared como si contemplara el paraíso. Recostado en un poste empezó a fisgonear por el visor de la cámara. La pared estaba partida en dos por una línea de sombra. La luz oblicua de las cinco y treinta bañaba la parte baja del muro y ascendía poco a poco, cambiando de intensidad. La zona que tocaba el sol era de un color amarillo rojizo y en lo más luminoso de las cinco y cincuenta, casi reverberaba; pasó de rosa a salmón y al final, a las seis y veinte, parecía de cobre. El muro parecía madurar frente a nuestros ojos. Fernell, inmóvil como un francotirador, disparaba cada veinte segundos. En aquel momento milagroso en que la luz agoniza, me pidió que mirara las flores de una jardinera; eran de color púrpura, mientras las mirábamos y, a medida que se extinguía la última luz de la tarde, las flores se hacían más claras, parecían encenderse, al mismo tiempo que el follaje verde se hacía más oscuro, como un fondo creado para exaltar la fugaz claridad de aquellos pétalos. Entonces dijo mientras guardaba su cámara: “Lástima que esto sólo lo puedan ver nuestros ojos”.

José
Zuleta
Ortiz

Serie Interiores, 1976
Blanco y negro - pintada a mano



2

Hacía mucho rato luchaba con la luz de una ventana. Subía la persiana y observaba el caudal que iluminaba una cobija sobre la cual un tigre parecía acecharnos. Contempló largo rato aquella manta. (La había traído de Ecuador. Era peluda y densa). Volvió a bajar la persiana y regresó a mirar el tigre. Entonces comenzó a mover las celosías accionando la cuerda que las hacía plegar y desplegar. Aparecieron sobre el tigre unas rayas. Pasó una hora ajustando aquellas líneas luminosas. Finalmente entró la muchacha y Fernell me hizo salir. Luego de una hora llamó. Entré y vi a la muchacha desnuda sobre el tigre, las listas de luz de la persiana creaban sobre su piel un diseño que casi la vestía. Fernell me pidió que sostuviera una lámpara y que la apuntara contra la pared para que rebotara la luz. Obedecí. En el recinto se percibía un ambiente cálido y triste como el de un recuerdo. Después de media hora de estar sobre una silla, de espaldas a la escena, acercando y alejando la lámpara según las instrucciones, mi brazo comenzó a doler. Fernell nada que disparaba. La muchacha emitía tímidas quejumbres, nosotros no la mirábamos; seguíamos concentrados en la luz. Al fin oí el obturador y el sonido del carrete embobinando la película. Repitió la acción tres veces y luego montó el respaldo polaroid de su Hasselblad. Disparó otras dos veces y cuando ya no soportaba más el dolor de mi brazo dijo: “pueden descansar”. La muchacha se incorporó y desapareció tras un biombo. Nos sentamos en la cama sobre el tigre y la vimos proyectada sobre la tela del biombo vistiéndose; parecía danzar a contraluz. Valió la pena el dolor del brazo erecto a cambio de aquel instante de belleza.

3

Era todavía de noche cuando alcanzamos la cumbre de la colina. Al llegar a la cima vimos el Valle abrirse ante nuestros ojos. Teníamos en primer plano un extenso sembrado de sorgo. Después el río Cauca, al fondo el cañaduzal y la cordillera. En un instante del amanecer, el sorgo fue tocado por la primera luz del día y la llanura se iluminó con millones de espigas, como antorchas de un brillo pardo y rojizo. La agitación de

la brisa las hacía danzar ante nuestros ojos que no podían creer tanta felicidad. El río parecía una invención; algo de metal y vidrio, acuarela de mercurios naranjas y azules. Cromos incandescentes. Y el verde, el verde sosteniendo toda esa combustión, conteniendo aquel paisaje que parecía precipitarse hacia el caos. Fernell disparaba en un frenesí silencioso. Tratando de retener algo que se esfumaba, en un éxtasis místico que advertía el advenimiento del paraíso. El sol escaló medio peldaño y toda aquella maravilla se fugó hacia la palidez lechosa de una mañana desabrida. Sentimos perder algo. Sobrevino una desolación. Entonces Fernell dijo: “La luz es una fragancia que se desvanece”.

4

Tenía ojos persistentes y una timidez sonriente. Era delgado y había algo oriental en su cabello liso, en sus ojos arqueados, en la habilidad de sus manos, en su laborioso silencio. Poseía una agilidad rítmica, un balanceo elegante y sobrio. Imponía una distancia cálida y una austeridad armoniosa lo rodeaba. Parecía triste y feliz. Nos permitía ver cada cierto tiempo una muestra de su trabajo, en la que dócilmente revelaba sus secretos. Comprendí, siguiendo a Fernell, que hay muchos matices en la luz, que la luz es un lenguaje amplio y múltiple como el de los sonidos. Con Fernell entendí que la luz canta, ondula, progresa, decae, tiene ritmo, danza, contiene fragancias y hace milagros. Durante veinte años de amistad, en los paseos en los que fuimos compañeros de viaje, compartí como espectador algunas de sus búsquedas: el silencio, el vaivén de las sombras. La soledad del blanco. La arquitectura de los grises. Los colores irreales en la luz que agoniza. El ritmo y la velocidad de las formas. La estética de su tristeza. Fue un pastor de la luz y un guía de la sombra. Poseía el don de transformar lo que tocaban sus ojos. Hacía felices las cosas que miraba. ■

José Zuleta Ortiz (Colombia)

Narrador y poeta. Director de la Fundación Estanislao Zuleta y codirector de la revista de poesía *Clave*. Entre sus publicaciones están: *La línea de menta* (2005), *Mirar otro mar* (2006). Ganador del Premio Nacional de Literatura. Cuento inédito 2009. Ministerio de Cultura.



Serie Prostitutas, 1970



Serie Prostitutas, 1970





Serie Festivales,
100 * 70 cm,
1982



Serie Festivales,
Sepia,
1982

Serie Festivales,
1982

